

REVISTA CIDOB d'AFERS INTERNACIONALS 77.

Dimensiones del pluralismo religioso.

Los desafíos de la gestión local de la diversidad etnoreligiosa en
Montréal: el caso de la habilitación de los lugares de culto.
Annick Germain

Los desafíos de la gestión local de la diversidad etnoreligiosa en Montréal: el caso de la habilitación de los lugares de culto

Annick Germain*

RESUMEN

A partir del caso de Montréal, la autora recorre el conjunto de experiencias de intervención pública en materia de gestión de la diversidad etnoreligiosa, que ha comportado la formulación de nuevos debates respecto al encaje de esta pluralidad en el espacio urbano. Los retos que plantea la incorporación de estas nuevas referencias religiosas en la configuración de la trama urbana, también abre nuevos interrogantes sobre el significado de la cohabitación en barrios cada vez más plurales.

Palabras clave: Canadá, religión, administración local, inmigración, multiculturalismo, urbanismo

El retorno de lo religioso es una importante realidad de nuestras sociedades que se ha hecho particularmente evidente desde principios del siglo XXI, pero que ha tardado en ser reconocida, tanto en el ámbito de la acción política como en los círculos académicos. Todavía hoy, el fenómeno sólo es abordado con reticencia por unos y otros. Ello es debido a que engloba realidades complejas en las que se combinan múltiples dimensiones

*Profesora-investigadora titular, INRS Urbanisation, Culture et Société, Université du Québec
annick_germain@ucs.inrs.ca

asociadas a cuestiones sensibles y que, si se confunden, pueden tener graves consecuencias. Por ejemplo, estos últimos años el fenómeno adquiere un relieve muy particular en las sociedades (y sobre todo en las metrópolis) que reciben importantes flujos migratorios internacionales. En varias de ellas, la relación con la religión pesa mucho en la construcción de la mirada sobre el inmigrante, pues la religión de las minorías étnicas encarna una especie de alteridad paroxística. Es el caso del Québec, donde el ascenso de una corriente laicista en el seno de la sociedad receptora se cruza con un movimiento de afirmación de las religiones asociadas a las minorías culturales, y cada uno de estos movimientos acaba finalmente alimentando al otro. Esta imbricación sucede, sin embargo, en un período de ignorancia recíproca, pues las minorías etnoreligiosas durante mucho tiempo han tratado de pasar desapercibidas en una sociedad que se ha secularizado tarde pero a un buen ritmo. El panorama cambiaría radicalmente con ocasión de la multiplicación de los lugares de culto en la estela de los flujos migratorios internacionales crecientes. En efecto, desde hace unos diez años, el número de demandas de construcción o de ampliación de lugares de culto (en su mayor parte asociados a las minorías étnicas) dirigidas a los ayuntamientos de la Isla de Montréal y sus alrededores ha conocido un ascenso fulgurante. Este crecimiento parece haber “sorprendido” a las autoridades locales que, tras un período de relativa apertura a estas demandas, han empezado a rechazar proyectos de habilitación e incluso, en varios casos, a decretar moratorias sobre el establecimiento de nuevos lugares de culto, y han obligado de este modo a los solicitantes a obtener permisos especiales. Si añadimos a estas constataciones la de una multiplicación de las controversias suscitadas por estos proyectos en los vecindarios, se estará seguramente de acuerdo en colocar estos dossiers de habilitación en la categoría de “calientes”.

A primera vista esta situación puede parecer asombrosa, y más cuando es sabida la importancia que ha adquirido en Canadá la política del multiculturalismo, que desde 1971 ha hecho de la diversidad cultural uno de los pilares de su identidad; diversidad de la que la religión forma parte, y que por otro lado está protegida por las cartas canadiense y quebequesa de derechos y libertades. ¿Se habrá, pues, abierto un abismo entre las orientaciones que guían las políticas de los gobiernos centrales (canadiense y quebeques) y las de la acción pública local, como indican diversas encuestas llevadas a cabo en Vancouver (Edgington y Hutton, 2002) y en Toronto (Frissen y Wallace, 2000), que muestran que el urbanismo es uno de los sectores municipales menos abiertos a las orientaciones multiculturales? ¿Es más bien el ámbito particular del que se trata aquí, a saber, el de los lugares de culto, que se encuentra en la encrucijada de las problemáticas religiosas y comunitarias, el que suscita tanto malestar? Este malestar, aunque en absoluto restringido a la aglomeración montrealista, no parece menos pronunciado aquí que en otras partes. En Toronto, por ejemplo, la mayoría de proyectos de mezquita han conocido un *happy end*, es decir, han acabado siendo construidas, si bien al final de unas largas y a veces dolorosas negociaciones (Qadeer y Chaudhry, 2000; Isin y Siemiaticky, 2002). Es como

si en una metrópolis que recibe un número creciente de inmigrantes y se distingue generalmente por una cohabitación interétnica más bien tranquila (Germain *et al.*, 1995), la alteridad tomase un aspecto inesperado, incluso embarazoso. Si, como recuerda Anne Gotman (2001: 3), la hospitalidad tiene siempre a la inhospitalidad como horizonte, ¿habríamos llegado aquí a su límite? Atraer y acoger inmigrantes es una cosa; hacer sitio a sus lugares de culto en el espacio público parece, sin embargo, otra cosa distinta.

De todos modos, no falta literatura (sobre todo norteamericana) sobre las múltiples funciones sociales desempeñadas por los lugares de culto de las minorías étnicas en los países de inmigración, más allá de las actividades de oración propiamente dichas: (re)construcción comunitaria e identitaria (Smith, 1976; Warner y Wittner, 1998), acogida y apoyo proporcionado a los nuevos inmigrantes (Ebaugh y Chafetz, 2000), ayuda destinada a determinadas categorías sociales más frágiles (ancianos, niños) para actividades educativas, lúdicas y caritativas y, de un modo más general, desarrollo del vínculo social.

Nos hemos propuesto, pues, explorar este territorio, durante mucho tiempo desconocido en Québec, y comprender a la vez las diferentes apuestas sociales suscitadas por estos dossiers de habilitación para las municipalidades y los tipos de transacciones sociales a las que puede dar lugar la negociación de un espacio para los lugares de culto. Hemos elegido una docena de dossiers de habilitación relativamente recientes (menos de 10 años) que han desembocado, o no, en la concesión de un permiso, y que constituyen una muestra¹ que nos permitirá tener un punto de vista de conjunto que englobe varios tipos de lugares de culto y varias municipalidades de la región montrealésa. En efecto, si queríamos escapar de la tiranía de los casos particulares, teníamos que procurar reunir dossiers de lugares de culto diferentes en una misma municipalidad, y dossiers relativos a un mismo tipo de lugar de culto tratados por municipalidades diversas. En este sentido, nos parece prematuro adoptar una estrategia de estudios de casos en profundidad² que, en el estado actual de nuestros conocimientos, no habría permitido ningún progreso en cuanto a generalidad. Para cada dossier, además de la habitual recogida de datos documentales, hemos efectuado entrevistas con los responsables de los lugares de culto, los funcionarios municipales implicados (servicios de urbanismo y de las relaciones interculturales o su equivalente), así como los cargos municipales electos. En varios casos, hemos interrogado también a los arquitectos encargados de proyectos y a los ciudadanos implicados en las controversias. Pero el primer enfoque, el primer objetivo, ha consistido en tratar de comprender los grandes rasgos de la evolución reciente de esta geografía de los lugares de culto de las minorías étnicas.

Para analizar nuestro material de entrevistas, nos hemos inspirado en el paradigma de la transacción social desarrollado por Jean Remy (1992; 1998) y otros investigadores, como Maurice Blanc (1998) e Yves Grafmeyer (1999), por mencionar sólo aquellos cuyos trabajos son más pertinentes para nuestros objetivos. La habilitación de los lugares de culto ha dado lugar, en estos últimos años, a diversas perspectivas de análisis, desde los trabajos

de geografía cultural de Lilly Kong (1990) o de Naylor y Ryan (2002), hasta los análisis políticos de la ciudadanía urbana de Isin y Siemiaticky (2002), además de los muchos trabajos franceses, como los de Claire de Galember (1995). Nuestra perspectiva se inspira, en grados diversos, en estos enfoques, pero queríamos explorar también los procesos de negociación en los que se han visto implicados los diferentes actores para definir el estatus de los lugares de culto en el espacio público, en el sentido territorial del término, y las dinámicas de cohabitación que los subtienden, en una línea de continuidad con nuestros estudios sobre la repartición del espacio urbano y la cohabitación interétnica (Germain *et al.*, 1995). El paradigma interaccionista formulado por Jean Remy nos permitía ver cómo se construye una dinámica social en una situación de intercambio indeterminada, en la que intervienen actores cuyos recursos y estrategias no son conocidos de antemano sino que se van configurando sobre la marcha en el transcurso de la relación de interacción. Este proceso desemboca finalmente en unos “compromisos prácticos de coexistencia”, para retomar la expresión de Maurice Blanc.

Este enfoque aporta un material bastante rico para reconstruir la evolución de las posiciones de los unos y los otros, cosa que no hemos podido hacer con los doce dossiers, dado que la coyuntura social y política nos ha complicado especialmente la tarea. Nos referimos, por supuesto, a los acontecimientos del 11 de septiembre, pero también a la “cuestión del kirpan”, una controversia local que produjo mucho alboroto, acerca del hecho de que un alumno de una escuela de Montréal llevase el puñal sikh tradicional. Presentaremos, sin embargo, una muestra de este tipo de análisis aplicado a dos sinagogas hasídicas situadas en dos barrios contiguos aunque diferentes en varios sentidos. Pero antes de pasar al análisis comparado de este caso, consideraremos rápidamente unos cuantos elementos contextuales antes de abordar el estudio de los elementos en juego subyacentes en la evolución de las actitudes de las municipalidades en materia de reglamentación del territorio, piedra angular del tratamiento de los dossiers de habilitación de los lugares de culto. Nos detendremos un poco, en este sentido, en el caso de una municipalidad del extrarradio³, Dollard-des-Ormeaux, donde dos proyectos de mezquita no llegaron a buen puerto.

MONTRÉAL: LA CIUDAD DE LOS CIENTO CAMPANARIOS...

Ciudad multiétnica por excelencia desde el siglo XIX, Montréal ha visto segmentarse su espacio urbano según una compleja combinación de divisiones socioeconómicas, etnoculturales (o nacionales), lingüísticas o religiosas, que han producido un mosaico de barrios diferenciados. Esta “integración por segmentación” (Germain y Rose, 2000) ha permitido contener el potencial de conflictos asociados a una ciudad tan dividida

(McNicoll, 1993). Los inmigrantes, mayoritariamente de origen europeo, que vendrán a establecerse en lo que entonces es la metrópolis del Canadá durante la primera mitad del siglo XX perpetuarán este mosaico añadiéndole una serie de barrios étnicos bien marcados, que en su mayor parte se forman entre las áreas asociadas a los dos grupos mayoritarios: los anglófonos en la parte oeste, y los francófonos en la parte este. Estos inmigrantes, judíos, italianos, griegos y portugueses en lo esencial, van a transformar de un modo sustancial los hábitos alimentarios de los habitantes de Montréal al multiplicar las tiendas de comestibles y los restaurantes. Si en estos ámbitos (incluido el del mercado laboral) se harán rápidamente un lugar, en otros, con la religión en primer lugar, toparán con una cierta forma de inhospitalidad. Efectivamente, la confesionalidad del sistema escolar quebequés limitará seriamente el acceso de los niños judíos y griegos (definidos como no católico-romanos) a las escuelas francófonas, mayoritariamente católicas, en beneficio especialmente del sector anglófono protestante y de las escuelas religiosas independientes. Habrá que esperar a los años setenta para que unas leyes muy enérgicas cambien las reglas del juego y acaben por convertir la escuela francófona en un lugar acogedor e integrador (en la actualidad las escuelas montrealenses francófonas están frecuentadas, por término medio, por aproximadamente un 50% de alumnos de origen inmigrante). Y no será hasta el año 2000 que se sustituirá lo lingüístico por lo religioso en los principios de organización del sistema escolar. Mientras tanto, Québec habrá atravesado durante los años sesenta y setenta lo que los periodistas de Toronto han calificado como una *revolución tranquila*, es decir, un cambio social radical que combina modernización, emancipación del dominio canadiense-inglés y secularización.

A partir de 1970, la inmigración irá cambiando poco a poco de aspecto para ser mayoritariamente dominada por inmigrantes procedentes de los países en desarrollo (Asia, África, América Latina, Caribe), mientras que Canadá, como Québec, eleva sus objetivos de inmigración, particularmente a partir de los años noventa. Hoy, la Isla de Montréal, que acoge al 70% de los inmigrantes admitidos en Québec, es multiétnica y más de una cuarta parte de sus habitantes no han nacido en el país. Una municipalidad como la de Saint-Laurent, que prácticamente no tenía inmigrantes antes de la Segunda Guerra Mundial, cuenta hoy con más de un 50% de población inmigrante, y es interesante notar que esta ciudad, relativamente próspera, posee también un elevado porcentaje de minorías visibles⁴ (38% en el censo del 2001). Una evolución rápida, pues, que conmociona también los lugares de culto. De acuerdo con nuestras estimaciones⁵, más de una cuarta parte de los lugares de culto en la Isla de Montréal están asociados a grupos inmigrantes o etnoreligiosos particulares (aparte de los católicos romanos o protestantes, lo que no tiene en cuenta a los movimientos protestantes de reforma radical en rápido crecimiento, entre los cuales se cuenta una gran proporción de personas de origen inmigrante) (Gagnon y Germain, 2002). Pero los cambios también son cualitativos. Las nuevas congregaciones son a menudo de pequeñas dimensiones, disponen de unos recursos limitados y tienden

a implantarse en los espacios residuales (zonas industriales o comerciales de menor atractivo) cuando consiguen establecerse en un lugar apropiado. En caso contrario se instalan en viviendas privadas, y veremos que las municipalidades prohibirán cada vez más este tipo de uso del espacio en las zonas residenciales. Se asiste igualmente a un fuerte crecimiento de los templos y de las mezquitas, algunas de las cuales se afirmarán mediante una arquitectura particular después de haber jugado durante mucho tiempo la carta de la invisibilidad, y ello particularmente en el extrarradio, que es donde se instalan también a partir de ahora los inmigrantes. En los barrios residenciales de *bungalows* típicamente norteamericanos, la arquitectura de nuevos lugares de culto a veces voluminosos introduce un contraste simbólico muy marcado. Por otra parte, tanto en las afueras como en los barrios del centro, los lugares de culto son frecuentados en su mayoría por las minorías visibles. Finalmente, y esta es una evolución importante, numerosos lugares de culto ya no son equipamientos de proximidad y atraen actualmente una clientela regional. Ello quiere decir que los lugares de culto ya no están necesariamente localizados en el vecindario de su comunidad, y significa también que, a modo de corolario, numerosos habitantes se ven cada vez más obligados a frecuentar lugares de culto que les resultan “extraños”.

LA RECALIFICACIÓN DEL TERRITORIO EN CRISIS

Fijémonos ahora en la evolución de las actitudes de las municipalidades en materia de regulación de los lugares de culto, pues es ahí donde se juega lo esencial de las decisiones de habilitación. Esta evolución, a la vez cuantitativa y cualitativa, es rápida. Montréal, la única ciudad que ha tratado de comprender las características asociadas al aumento de las solicitudes de construcción o ampliación de lugares de culto, evita cuidadosamente divulgar la contabilidad de las solicitudes por miedo a estimular aún más el crecimiento observado. Las otras municipalidades dicen no haber “visto venir” este crecimiento, y si bien han empezado a dar pruebas de apertura y flexibilidad para satisfacer la demanda de habilitación de lugares de culto (en un lugar apropiado o no), hacia mediados de los años noventa se ha ido delineando rápidamente un cambio de actitud significativo. Varias municipalidades modifican la reglamentación relativa a las recalificaciones en diversas ocasiones, para restringir lo más posible los sectores donde pueden establecerse de pleno derecho nuevos lugares de culto. En el caso de la ciudad de Montréal, en 1994 se adopta un nuevo reglamento sobre habilitaciones destinado a proteger los edificios religiosos existentes que cerrará indirectamente el paso a nuevos lugares de culto. Como la disminución de la asistencia y la caída en desuso de numerosas (de ahí el sobrenombre de “la ciudad de los cien campanarios”) iglesias, católicas y protestantes (y de sinagogas), ha suscitado operaciones de reconversión de

estos edificios para usos más lucrativos, la ciudad de Montréal pretende frenar esta tendencia en nombre de la preservación del patrimonio. Pero al hacerlo, no permite el establecimiento de nuevos lugares de culto más que allí donde ya existen otros lugares de culto. Ahora bien, las iglesias católicas, a menudo monumentales y costosas de mantener y de acondicionar, convienen poco a las nuevas congregaciones. Estas últimas tienen entonces que recurrir al procedimiento de los permisos especiales, un procedimiento discrecional propio de la ciudad de Montréal que le permitía acordar permisos temporales y no transferibles sin cambiar las normas de habilitación. Un procedimiento cuyas ventajas pronto descubrirán los cargos electos locales, ¡tanto para bloquear demandas como para hacerlas aprobar en el Consejo municipal! Más tarde, en 1998, la ciudad cambia de nuevo su reglamentación sobre habilitación para permitir al menos el establecimiento de lugares de culto en las zonas reservadas al comercio de alta y media densidad. Pero ante la multiplicación del número de solicitudes (más de cien dossiers examinados en un período de 18 meses) (Arteau, 2000), el Consejo municipal decide, en 1999, decretar una moratoria sobre la emisión de todo nuevo permiso de lugar de culto, esperando reconsiderar todo el dossier y revisar las recalificaciones. ¿Hay que tratar, por ejemplo, a los lugares de culto como actividades culturales y comunitarias, o assimilarlas a las actividades comerciales teniendo en cuenta el tráfico y los problemas de aparcamiento así generados? ¿Cómo proteger a los barrios residenciales? La reforma no se producirá mientras, en el ínterin, las fusiones municipales hayan trastornado las estructuras institucionales. Pero otras municipalidades han adoptado asimismo moratorias para frenar la expansión de lugares de culto en su territorio.

¿Qué motivos subyacen a este cambio de actitud que toma la apariencia de un cierto cierre con respecto a las nuevas congregaciones asociadas esencialmente (pero no exclusivamente) a las minorías étnicas? Analizando nuestra docena de dossiers, así como las entrevistas más generales efectuadas con los responsables municipales de la partida de urbanismo, hemos encontrado un cierto número de factores que están en juego en la habilitación de los lugares de culto de las minorías étnicas. Algunos de ellos se aplican a todos los lugares de culto, pero otros conciernen a clientelas particulares. Los unos y los otros tienen, sin embargo, que ser resituados en el contexto más general de un incremento de las actitudes del tipo “no cerca de mi casa” en todas las cuestiones de habilitación y recalificación urbana.

RETOS MÚLTIPLES PARA LAS MUNICIPALIDADES

Los funcionarios municipales hablan sin ambages del enrarecimiento de los terrenos disponibles a un costo asequible en la Isla de Montréal y alrededores (es decir, allí donde se concentra la inmigración). El espacio resulta ser tanto más raro allí donde la coyuntura

económica mejora y donde las municipalidades piensan poder atraer a las empresas a su territorio. Así, la municipalidad de Dollard-des-Ormeaux, una zona del extrarradio fuertemente multiétnica y bilingüe de clase media que acogió importantes proyectos de construcción de templos hindúes y sikhs al principio de la década de los noventa, cambia su reglamento de recalificaciones en 1996 para no permitir lugares de culto en las zonas industriales y residenciales, con el objetivo de dejar lugar a eventuales empresas de alta tecnología. Hay que decir que los lugares de culto gozan de una “desventaja comparativa” mayor en Québec, donde una ley provincial los exime del pago de tasas territoriales y escolares. Ahora bien, como en Canadá lo esencial de las rentas de las municipalidades depende de los impuestos territoriales, vemos cómo se perfila la tentación de considerar los lugares de culto como “lucros cesantes”, para utilizar la fórmula de los funcionarios entrevistados. Como, por lo demás, determinados proyectos de lugares de culto se revelan “golosos de espacio”, pues se trata de grandes edificios que contienen, además de una sala de oración, equipamientos culturales y comunitarios, su acogida es por lo menos reservada. Una municipalidad que está negociando la ampliación de la mayor mezquita de Québec pedirá al gobierno provincial la revisión de la ley sobre las exenciones fiscales, en perjuicio, por supuesto, del grupo musulmán involucrado. Otra negociará con otro grupo musulmán para que la exención solamente se aplique sobre el espacio consagrado al lugar de oración propiamente dicho. Ahora bien, los equipamientos comunitarios y culturales combinados en los lugares de oración constituyen a menudo la ocasión de anudar lazos con el vecindario abriendo libremente su acceso a todos los habitantes; es, concretamente, el caso de muchos gimnasios. Precisemos que, en los casos evocados más arriba, se trata de zonas del extrarradio relativamente acomodadas pero que, como todas las municipalidades quebequesas, no tienen derecho a estar en déficit.

Otro argumento a menudo invocado por las municipalidades para rechazar o revisar en profundidad un proyecto de lugar de culto es de naturaleza típicamente urbanística. Se invocan en este caso las “molestias” asociadas a la frecuentación del lugar de culto y la protección de la calidad de vida de los barrios residenciales. El aumento del tráfico, los problemas de estacionamiento o los ruidos causados en ciertas ceremonias son invocados tanto por los urbanistas como por los habitantes que, cada vez más, dejan oír su voz para oponerse a la llegada de un lugar de culto a su barrio.

Estos argumentos a menudo esconden otro tipo de motivos, por ejemplo cuando se trata de una congregación compuesta de “minorías visibles”. La construcción del lugar de culto, ¿no les incitará a venir a establecerse en el barrio para estar más cerca del mismo? Y si lo hacen, ¿no cambiarán el equilibrio demográfico (étnico) del barrio? Se empieza por oponerse a la construcción de una iglesia: “Ya hay demasiadas iglesias pentecostales en el barrio (...) la gente ha elegido esta esquina para tener acceso a los comercios de la vecindad”, dirá un concejal municipal a propósito de un proyecto presentado por una congregación mayoritariamente africana. Y después, otro concejal, oponiéndose también

al proyecto, acabará declarando: “La vida evoluciona, ahora hay inmigrantes, siempre los ha habido en realidad, pero digamos que ahora son más visibles. Cada vez más, en barrios como la Petite Patrie, que eran muy blancos y católicos, se empieza a ver inmigrantes, y es evidente que esto topa con los valores y hiere los sentimientos de la gente”.

A veces, los urbanistas y los concejales llevan a cabo un trabajo de mediación importante para que se acepte un proyecto que previamente los habitantes han rechazado. Es el caso de la ampliación de una mezquita en Laval, en un sector no inmigrante: las autoridades municipales explicarán a los vecinos que en el lugar proyectado habría podido instalarse un comercio más ruidoso o molesto por el olor, o capaz de atraer a una clientela indeseable (“en cambio los musulmanes no beben”), mientras que el portavoz de la comunidad musulmana, un ingeniero muy ducho en el tema de las relaciones interculturales, hará una labor pedagógica describiendo el detalle y la frecuencia de las actividades futuras de la mezquita.

Hay una cuarta consideración que a veces hace derrapar un proyecto. Determinadas municipalidades, como la de Dollard-des-Ormeaux, exigen un registro de los miembros de la congregación y de sus lugares de residencia para asegurarse de que se trata de contribuyentes y de electores de la localidad. Este argumento está en la base del rechazo de un proyecto de mezquita y suscita la cuestión del estatus regional de varios lugares de culto.

Pero no siempre es posible desenredar los problemas, a menudo muy imbricados los unos con los otros, y ver la parte que ocupan en ellos las actitudes discriminatorias. Si nos remitimos al caso de Dollard-des-Ormeaux, otro rechazo de una mezquita, este ejemplo ilustra bien esta complejidad. Recordemos que esta municipalidad ha visto en los últimos años la construcción de varios lugares de culto (sinagogas, iglesia griega ortodoxa, templos hindúes y sikhs, etc.; en total, esta ciudad de 45.000 habitantes posee una quincena de lugares de culto, varios de los cuales son relativamente grandes). Pero, a lo largo de los proyectos, las autoridades locales han topado con varias dificultades: plazos de construcción que han expirado, proyectos interrumpidos por falta de fondos, la pobre calidad de los materiales y de los acondicionamientos paisajísticos, etc. Los representantes de las congregaciones han sido, por lo demás, conscientes del impacto que han tenido estas dificultades sobre sus propios dossiers. A estos elementos hay que añadir la mejora de la coyuntura económica de estos últimos años y el cambio en las normas de recalificación territorial que ello ha inducido, todo lo cual ha provocado un “efecto de saturación” en materia de lugares de culto. Ahora bien, la municipalidad dejó instalarse (“se ha hecho la vista gorda”) en una sinagoga abandonada por quiebra al grupo musulmán mencionado más arriba y cuyos proyectos de construcción habían sido rechazados. Este grupo revendió el edificio cuatro años más tarde a otro grupo musulmán que no pudo obtener de la municipalidad la autorización para instalar allí una mezquita. “¿Por qué se niega a los musulmanes lo que antaño se había permitido a los judíos?”, titulará un periódico montrealés (*The Gazette*, 9 de diciembre de 2002). La municipalidad invocó el cambio

de recalificación de la zona a mediados de los años noventa. Hoy en día, Dollard-des-Ormeaux se ha convertido en un distrito de la ciudad de Montréal, y esta última se ha apresurado a delegar en los distritos todos los asuntos de recalificación, lo que en el caso que nos ocupa le ha evitado tener que tomar partido.

Resulta difícil desenmarañar las diferentes lógicas que están en marcha en el dossier de esta mezquita: el efecto de saturación del que hemos hablado más arriba, el oportunismo municipal frente a los cambios de coyuntura económica, el efecto post 11 de septiembre en una barriada en la que abundan los judíos, etc. A todas estas lógicas hay que añadir, además, una reticencia creciente por parte de las municipalidades hacia cualquier tipo de lugar de culto. Así, lo que se transparenta en una buena parte de los proyectos (algunos de los cuales se han llevado a cabo) es ante todo la dificultad de varias autoridades locales para reconocer la diversidad religiosa como una parte integrante de la diversidad etnocultural, y a concederle el lugar que le corresponde. Es también este problema el que vamos a encontrar una vez más en el centro de las grandes controversias que vamos a considerar a continuación (Gagnon, 2002). Esta vez no se tratará de mezquitas y de una barriada mayoritariamente anglófona, sino de dos sinagogas situadas, una, en un barrio fuertemente multiétnico y, otra, en una barriada de mayoría francófona. Estos casos pueden ser calificados de particulares, incluso de extremos, en la medida en que ponen en escena a una minoría dentro de otra minoría, en este caso concreto, unos judíos hasídicos. Es una minoría instalada desde hace tiempo, a diferencia de los grupos evocados hasta ahora que representan más a la nueva inmigración. También es un grupo que se distingue por unas obligaciones espaciales muy fuertes de naturaleza religiosa, en lo que concierne a la localización de los lugares de culto (proximidad de la sinagoga durante el Sabbath). Se trata, en fin, de controversias particularmente vivas, y en este sentido poco representativas del *modus vivendi* montrealés, pero que permiten muy bien hacer hincapié en la diversidad de los registros sobre los que pueden desarrollarse las transacciones sociales en torno a los lugares de culto, así como el papel neurálgico del espacio local, ya que, como veremos, una minoría puede casi convertirse en ellos en una mayoría.

¿QUÉ SIGNIFICA COHABITAR?

Hasta los años cincuenta, los judíos estaban principalmente concentrados en un sector que corresponde hoy al barrio de Mile-End en Montréal y en la sección este de Outremont, una municipalidad vecina. Después, la mayor parte de las familias ocuparon otros barrios y barriadas, mientras que el corazón de este enclave se poblaba de inmigrantes de diversos países, particularmente de Grecia. Con una excepción, sin embargo:

las familias judías hasídicas, llegadas después de la Segunda Guerra Mundial, que ahí establecieron sus instituciones religiosas y culturales y que se mantendrían lejos del resto de la comunidad judía y de la sociedad de acogida. La visibilidad de esta comunidad (largos abrigos de seda negra y sombreros de piel durante el Sabbat, así como el hecho de llevar barba y papillotes los hombres y pelucas [*sheitl*] las mujeres) permite con toda probabilidad mantener más fácilmente esta distancia (los representantes hasídicos hablan a menudo de muro protector) exigida en parte por preceptos religiosos. Se estima su número en 6.000, lo que representa cerca de una quinta parte de la población local (Shahar *et al.*, 1997).

Nuestro primer caso concierne a una sinagoga situada desde comienzos de los años cincuenta en dos edificios residenciales adyacentes al barrio de Mile-End. En 1971 tenía que autorizarse una ampliación, y en 1989 la compra de un tercer edificio. En aquella época, los residentes, deseosos de preservar el carácter residencial de la calle y preocupados por las eventuales molestias inducidas por dicha ampliación (alumbrado excesivo, ruido, tráfico, problemas de aparcamiento, etc.) formaron un comité de vecinos, consiguieron representación en la ciudad de Montréal y acabaron sentándose con los portavoces de la comunidad hasídica para negociar las condiciones a las que podría someterse la concesión del permiso solicitado. Acabaron poniéndose de acuerdo en cierto número de condiciones que serían ratificadas por la ciudad, particularmente la instalación de un sistema de ventilación que permitiera mantener las ventanas cerradas y atenuar con ello el ruido, y sobre todo el compromiso de no solicitar permisos de ampliación durante diez años. Durante este período, una serie de negociaciones informales (basadas en las buenas relaciones personales entre los portavoces de los habitantes y los de la comunidad) llevaron a la gestión cotidiana del reparto del espacio. En 1999, una vez expirada la moratoria y aumentada la comunidad hasídica (principalmente por una tasa de natalidad elevada), los residentes no hasídicos, que temían una nueva ampliación, se volvieron a movilizar y trataron de obtener de los judíos hasídicos el compromiso escrito de renunciar a toda ampliación, hecho que estos últimos se tomaron muy mal, pues ello contravenía las relaciones interpersonales que habían prevalecido hasta entonces. Una nueva solicitud de ampliación fue presentada en el Ayuntamiento y suscitó numerosos debates y consultas entre este último y los residentes no hasídicos, los cuales desembocaron en un consenso, o eso se pensó al menos: como el primer acuerdo no había sido respetado en su integridad (terrenos mal cuidados, estacionamiento anárquico, etc.), había que negarse a conceder el permiso si se quería preservar el carácter residencial de la calle. Pero no hay que olvidar el poder de los concejales electos y, concretamente, el del presidente de la comisión de habilitación y del desarrollo urbano, él mismo un judío ortodoxo. La sinagoga fue, pues, finalmente ampliada.

Aunque la historia termine mal desde el punto de los residentes, hay que subrayar sin embargo el importante papel jugado durante mucho tiempo por las negociaciones pragmáticas llevadas a cabo por la sociedad civil (en diálogo con los servicios municipales,

como el de asuntos interculturales) y, sobre todo, el hecho de que se éstas se basaban en el “reconocimiento común de la legitimidad de cada uno para estar allí”, para parafrasear a Yves Grafmeyer (1999). El Mile-End fue uno de los primeros barrios de inmigración de Montréal, y después de un período de decadencia, conoció un cierto renacimiento desde los años ochenta, con la llegada de familias burguesas de clase media atraídas por los alquileres poco elevados. Muy escolarizadas (a diferencia de las poblaciones obreras y de los pequeños trabajadores de cuello blanco del barrio), no siempre de un estatus acomodado, pero valorando mucho los comercios “étnicos” y las arterias comerciales densamente frecuentadas, estas familias se encuentran en el origen de una imagen de barrio cosmopolita⁶ que viene a cristalizar una convergencia de relaciones en el barrio (Rose, 1995). Esta representación compartida no es extraña al hecho de que, en diversas ocasiones, los judíos hasídicos hayan participado en movilizaciones colectivas para la defensa del barrio.

El segundo caso ilustra un registro de transacción marcado por lo que podríamos llamar una espiral judicial. Tiene por escenario un sector limítrofe al anterior, pero situado en una pequeña municipalidad de 22.000 habitantes, globalmente muy diferente del Mile-End. Outremont tiene, en efecto, fama de ser un bastión de la clase media francófona, aunque su realidad socioeconómica es más variada en determinados sectores⁷. A pesar de ser demasiado pequeña para tener un departamento de urbanismo, el municipio dispone desde comienzos de siglo de un conjunto de reglamentos bastante estrictos a fin de proteger las propiedades de los residentes y su calidad de vida. En este sentido, las recalificaciones han sido siempre bastante restrictivas en lo relativo a los lugares de culto, que no son autorizados, a todos los efectos prácticos, más que en dos frecuentadas arterias comerciales. En 1988, una congregación hasídica que deseaba erigir una sinagoga en una zona calificada como zona de uso mixto (residencial/comercial) solicitó un cambio de calificación. De acuerdo con la Ley de Habilidadación y Urbanismo (que, dicho sea de paso, no se aplica en Montréal), se convocó una asamblea pública. La asamblea resultó ser turbulenta y la congregación se vio obligada a cambiar de localización. Se estableció entonces una sala de oración en la planta baja de un inmueble residencial donde tenía que haberse instalado una *croissanterie* y sobre la que había, pues, unos derechos adquiridos. Pero, ante los actos de protesta que suscitó de nuevo esta instalación, la congregación compró un inmueble en una calle comercial. Los residentes presentaron dos demandas contra la municipalidad ante el Tribunal Superior del Québec para impedir la construcción de la sinagoga, y acusaron a la municipalidad de no respetar sus propios reglamentos de calificación del espacio urbano. Su demanda fue desestimada (el Tribunal dio la razón a la municipalidad, que había actuado dentro de los márgenes de su poder discrecional), pero otro contencioso iba a movilizarlos de nuevo contra los judíos hasídicos: el contencioso conocido como la batalla del *érouv*.

El *érouv* es un delgado alambre suspendido que permite a los judíos hasídicos extender simbólicamente el perímetro de su espacio privado, de modo que puedan efectuar

determinadas actividades normalmente prohibidas (por ejemplo, llevar un objeto o empujar un cochecito) durante el Sabbat o las fiestas religiosas. Varias municipalidades de la Isla de Montréal aceptaron su instalación, pero Outremont la desmanteló en varias ocasiones, al estimar que las municipalidades tenían que permanecer neutrales en materia de religión y no podían permitir la apropiación de una parte del espacio público para finalidades religiosas. Los judíos hasídicos se dirigieron entonces al Tribunal Supremo del Québec, que reconoció la obligación constitucional que tenía la municipalidad de facilitar la práctica religiosa de sus ciudadanos siempre que ello no causara perjuicios a los demás ciudadanos⁸. Este argumento fue severamente criticado por el Movimiento Laico Quebequés (MLQ), que sostenía que el *érouv* no servía para practicar la religión, sino más bien para eludirla, ya que se trataba de una artimaña para evitar ciertas prohibiciones religiosas. Frente a otro argumento del Tribunal que afirmaba que las zonas delimitadas por el *érouv* no revestían un carácter religioso más que para aquellos que así lo creyesen, el MLQ estimó que, en su opinión, el *érouv* representaba ni más ni menos que un “nuevo tipo de recalificación de barrio religioso”, que venía a invadir el espacio público, cuando este último tenía que permanecer laico para poder ser inclusivo.

En esta sucesión de controversias se puede ver que, en el transcurso del contencioso, se construyó un espacio de enfrentamientos que desembocaría rápidamente en un registro jurídico y que apelaría a una instancia superior. A diferencia de lo que pasó en el Mile-End, el debate (o el combate) adquiere una mayor generalidad. Lejos de centrarse en las condiciones concretas de la cohabitación, las controversias en Outremont no son finalmente más que un pretexto para expresar unos conflictos que se basan en la confrontación de valores y modos de vida, cada uno de los cuales ve en el otro una amenaza a su propia identidad, lo que podríamos denominar efecto-espejo. La concepción del espacio público y de los usos del mismo es central en este caso: unos defendiendo una laicización emancipadora (negada por los controles ejercidos por los judíos hasídicos sobre sus mujeres y sus hijos), otros denunciando el laxismo moral (que autoriza por ejemplo a ir en traje de baño en los parques). En suma, dos visiones “asimilacionistas” que fuerzan a cada uno a replegarse en su propio grupo de referencia, esperando poder eliminar en última instancia al otro del paisaje.

De hecho, esta dinámica está en gran parte fabricada por un contexto en el que la clase media francófona (incluyendo a los inmigrantes de origen europeo) se siente en minoría frente a una comunidad hasídica en rápida expansión y cuyas estrategias inmobiliarias y de concentración espacial amenazan el patrimonio de los nativos. Los dos grupos se enfrentan en el mercado muy competitivo de la propiedad inmobiliaria (el 44% de los outremonteses son propietarios), y estas estrategias avivan sin ninguna duda las actitudes “nimbyistas”. En cierto sentido, los judíos hasídicos no representan a los recién llegados, sino a una minoría instalada desde hace mucho tiempo que, con sus comportamientos natalistas, está en el proceso de invertir localmente la relación

minoría/mayoría. Ahora bien, esta antigua minoría encarna todo aquello que los “canadienses franceses” rechazaron durante la *revolución tranquila*: la sumisión al grupo, la sumisión de la mujer, la influencia de la religión en la vida cotidiana y su visualización en el espacio público.

La controversia de Outremont es, por decirlo una vez más, excepcional por su gravedad, su duración (todavía no ha terminado) e incluso por su violencia (las acusaciones de vandalismo abundan por parte de uno y otro bando), comparada con el *modus vivendi* que prevalece generalmente en materia de cohabitación interétnica en Montréal. Pero su hipermediatización, hasta cierto punto, la ha deslocalizado. En efecto, los medios de comunicación se han hecho eco de ella con frecuencia. Por otra parte, ha proporcionado al Movimiento Laico Québequés la ocasión de hacer oír su voz y de articular un discurso sobre la neutralidad del espacio público que se ha ido propagando cada vez más¹⁰.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Estos dos casos de controversia ilustran el papel determinante que desempeñan las dinámicas locales, incluida la sociedad civil, en los dossiers de habilitación de los lugares de culto, así como la variedad de actitudes en dos sectores limítrofes. Pero constituyen también un testimonio, a semejanza de los otros casos evocados en este texto, del malestar suscitado por la habilitación de los lugares de culto de las minorías étnicas. Sin embargo, la diversidad religiosa no es un fenómeno reciente en Montréal y, en uno de los más antiguos barrios de inmigración como el Mile-End, diferentes cultos se han sucedido a lo largo del siglo XX en los mismos edificios o se han codeado sin demasiados problemas en un tejido residencial muy tupido (Bronson, 2002). Pero la inmigración y su inserción espacial es hoy muy diferente: los inmigrantes son más numerosos, hasta el punto de ser a veces localmente mayoritarios; son más visibles, pues ya no son mayoritariamente de origen europeo y de tez blanca; los barrios multiétnicos se están convirtiendo en la regla más que en la excepción en la Isla de Montréal; las religiones no occidentales son las más florecientes. Y todo ello en un lapso de tiempo, después de todo, bastante corto, demasiado corto en todo caso para permitir las adaptaciones orgánicas y ahorrarse crisis y efectos de saturación.

No por ello debe olvidarse que la diversidad religiosa representa una dimensión muy particular de la diversidad cultural, y que en este ámbito el Otro puede aparecer como más inasimilable, para parafrasear a Iris Young («*The unassimilated Other*», 1989). La hospitalidad toma, tal vez, en dicho ámbito unos aspectos más complejos y se convierte

en una cuestión sensible, es decir, una cuestión de un fuerte contenido simbólico que moviliza los afectos, demuestra un temor a estigmatizar, y es, a fin de cuentas, reveladora de situaciones latentes.

Si, como escribe Anne Gotman, “la hospitalidad es, en sentido propio, el espacio concedido al otro” (2000: 2) y si, como ella precisa, no se trata de cualquier espacio, ya que la cuestión es la “propensión a sacrificar una parte de la propia casa” (*op.cit.*: 5), vemos muy bien lo que puede representar la habilitación de los lugares de culto de las nuevas minorías. En la medida en que estas últimas ocupen espacios abandonados, periféricos, en pocas palabras, sin demasiado valor, sus lugares de culto no implican “ningún sacrificio” por parte de la sociedad de acogida. Lo mismo puede decirse si pasan desapercibidos: como nos explica un líder musulmán que no desea ver su centro islámico reconocido como mezquita: “(...) nuestro proyecto no es muy grande, no es muy visible (...) es un pequeño centro islámico, no hemos pedido la construcción de una gran mezquita (...) no hemos puesto, pues, a prueba su tolerancia y su apertura”. Pero cuando el espacio es escaso o el proyecto visible, la relación no es la misma, es como dejar al otro entrar en casa. Pues bien, este otro se encarna en un edificio, hecho en principio para durar. En otras palabras, “el otro está ahí para quedarse”. La relación de hospitalidad ha terminado y es tal vez ahí donde se genera el malestar. Ya lo hemos dicho: el paisaje de la inmigración en Québec ha cambiado. Y la cuestión de los lugares de culto encarna la alteridad radical en una sociedad que se afirma laica desde hace relativamente poco tiempo y que tiende a negar sus raíces religiosas. ¿Por qué sorprenderse, entonces, de la dificultad de asumir la diversidad religiosa?

Notas

1. Nuestra muestra comprende dos sinagogas, cinco iglesias pentecostalistas (una iglesia africana, una iglesia haitiana, una iglesia italiana y dos iglesias multiétnicas), un templo hindú (mandir), dos templos sikhs (gurdwaras) y tres mezquitas (dos sunitas y una chií).
2. Estudios de casos particulares de mezquitas y sinagogas (de las que nos ocuparemos más adelante) han sido llevadas a cabo por Julie Elizabeth Gagnon en el marco de su tesis de doctorado en estudios urbanos.
3. Dado que nuestras encuestas se llevaron a cabo en lo esencial antes de la fusión de todas las municipalidades de la Isla de Montréal para formar la nueva ciudad de Montréal, utilizaremos la antigua división en circunscripciones municipales.
4. Según la Ley de la equidad en el empleo, la expresión minorías visibles se aplica a las personas (no autóctonas) que “no son de raza blanca o que no tienen la piel blanca”.

Los desafíos de la gestión local de la diversidad etnoreligiosa en Montréal

5. Es interesante observar que el censo canadiense, famoso por las numerosas preguntas que contiene relativas al origen étnico, la pertenencia a minorías visibles, etc., no incluía en 1996 ninguna pregunta sobre la religión.
6. O para utilizar un término menos cargado de connotaciones, de barrio mixto en el sentido que le da Amin: “Los barrios mixtos tienen que ser aceptados como los lugares espacialmente abiertos, culturalmente heterogéneos y socialmente variados que son, no imaginados como futuras comunidades integradas o cohesivas” (Traducción libre de Amin, 2002: 972)
7. Outremont cuenta con una proporción menor de inmigrantes que el conjunto de la Isla, y sus inmigrantes provienen en más de un 50% de países europeos (la quinta parte de los inmigrantes tienen en Francia su país de nacimiento, país en el que la laicidad es un elemento cardinal). La proporción de minorías visibles allí es mucho menor que en otros lugares. Y, finalmente, los inmigrantes de Outremont están claramente más escolarizados que los del resto de la Isla, además, su índice de paro es también dos veces menor.
8. Ante la cuestión de los eventuales inconvenientes causados por un érouv, un ciudadano había evocado el caso de las... ¡cometas!
9. N. T.: La palabra “nimbysta” es un neologismo formado a partir de la expresión inglesa “Not In My Back Yard”, que equivale más o menos a “no cerca de mi casa”; se conoce como “nymbyistas” a los residentes de las zonas urbanas que se niegan a la instalación de industrias, incineradoras o cualquier otro equipamientos que consideren molesto o perjudicial.
10. Outremont concentra asimismo una proporción nada desdeñable de intelectuales y de profesores de universidad que han podido trasladar la controversia a otras esferas de la vida montrealés.

Referencias bibliográficas

- AMIN, Ash. “Ethnicity and the Multicultural City. Living with Diversity”. *Environment and Planning. A*. No. 34 (2002). P. 959-980
- ARTEAU, Richard. *Les dieux dans la ville : multiplication des lieux de culte et diversité religieuse à Montréal - Les défis posés à l'aménagement urbain*. Ponencia presentada en el marco del Forum de Montréal sobre la diversidad urbana y la gestión de las ciudades multiculturales, Montréal, 20 marzo de 2000.
- BLANC, Maurice. « La transaction, un processus de production et d'apprentissage du “vivre ensemble” ». En: Freynet, Marie-France; Blanc, Maurice y Pineau, Gaston (dir.) *Les transactions aux frontières du social: formation, travail social, développement local*. Lyon: Chronique sociale, 1998. P. 219-237.
- DE GALEMBERT, Claire. « De l'inscription de l'Islam dans l'espace urbain ». *Annales de la recherche urbaine*. No. 68-69 (1995). P. 179-188.
- EBAUGH, Helen Rose & Saltzman Chafetz, Janet. *Religion and the New Immigrants. Continuities and Adaptations in Immigrant Congregations*. New York: Altamira Press, 2000.

- FRISKEN, Frances & Wallace, Marcia. *The Response of the Municipal Public Service Sector to the Challenge of Immigrant Settlement*. Research report presented to Citizenship and Immigration Canada, Ontario Region : OASIS, 2000.
- GAGNON, Julie-Elizabeth. « Cohabitation interculturelle et aménagement urbain: quelques réflexions à partir du cas des communautés hassidiques juives d'Outremont/Mile-End ». *Cahiers du GRES* (Université de Montréal). No. 3 (1) (2001). P. 39-53.
- GAGNON, Julie-Elizabeth & Germain, Annick. « Espace urbain et religion : esquisse d'une géographie des lieux de culte minoritaires de la région de Montréal ». *Cahiers de géographie du Québec*. No. 48 (128) (2002). P. 143-163.
- GALE, Richard & Naylor, Simon. « Religion, Planning and the City : The Spatial Politics of Ethnic Minority Expression in British Cities and Towns ». *Ethnicities*. No. 2 (3) (2002). P. 387-409.
- GERMAIN, Annick (coord.); Archambault, Julie; Blanc, Bernadette; Charbonneau, Johanne; Dansereau, Francine & Rose, Damaris. « Cohabitation interethnique et vie de quartier ». Québec : Gouvernement du Québec. Ministère des Affaires internationales, de l'Immigration et des Communautés culturelles. *Collection Études et recherches*. No. 12 (1995). P. 325.
- GERMAIN, Annick; Julie Elizabeth, Gagnon; Polo, Anne-Lise, con la colaboración de Daré, Ali y Ainouche, Linda. *L'aménagement des lieux de culte des minorités ethniques : enjeux et dynamiques locales*. Montréal: INRS-Urbanisation, Culture et Société, 2003.
- GERMAIN, Annick & Gagnon, Julie Elizabeth. "Minority places of worship and zoning dilemmas in Montréal". *Planning Theory and Practice*. No. 4 (3) (2003). P. 295-318.
- GOTMAN, Anne. *Le sens de l'hospitalité. Essai sur les fondements sociaux de l'accueil de l'autre*. Paris : PUF, 2001.
- GRAFMEYER, Yves. « La coexistence en milieu urbain : échanges, conflits, transactions ». *Recherches sociologiques* (1) (1999). P. 157-176.
- ISIN, Engin Fahri & Siemiatycki, Myer. "Fate and Faith: Claiming Urban Citizenship in Immigrant Toronto". Metropolis Project. *CERIS Working Paper Series* (1999).
- ISIN, Engin Fahri & Siemiatycki, Myer. "Making Space for Mosques: Claiming Urban Citizenship". En: Razack, Sherene (dir.) *Race, Space, and the Law: The Making of White Settler Society*. Toronto: Between the Lines, 2002.
- KONG, Lily. "Geography and Religion: Trends and Prospects". *Progress in Human Geography*. No. 14 (3) (1990). P. 355-371.
- MCNICOLL, Claire. *Montréal, une société multiculturelle*. Paris : Bélin, 1993.
- NAYLOR Simon & Ryan James R. "The Mosque in the Suburbs: Negotiating Religion and Ethnicity in South London". *Social and Cultural Geography*. No. 3 (2002). P. 39-59.
- QADEER, Mohammad & Chaudhry, Maghfoor. "The Planning System and the Development of Mosques in the Greater Toronto Area". *Plan Canada*. No. 40 (2) (2000). P. 17-21.
- RACINE, Jean-Bernard. *La ville entre Dieu et les hommes*. Paris: Anthropos. Lausanne: Presses Bibliques Universitaires, 1993.
- REMY, Jean. « Villes, espaces publics et religions : récits d'espérance et pratiques quotidiennes ». *Social Compass*. No. 45 (1) (1998). P. 23-42.

REMY, Jean. « La transaction, une méthode d'analyse: contribution à l'émergence d'un nouveau paradigme ». *Environnement et Société* (17) (1996). P. 9-31.

ROSE, Damaris. « Le Mile-End: un modèle cosmopolite ? ». En : Germain, Annick (dir.) Archambeault, Julie; Blanc, Bernadette; Charbonneau, Johanne; Dansereau, Francine y Rose, Damaris. « Cohabitation interethnique et vie de quartier ». Québec: Gouvernement du Québec. Ministère des Affaires internationales, de l'Immigration et des Communautés culturelles. *Collection Études et recherches*. No. 12 (1995). P. 53-94.

SHAHAR, Charles; Weinfeld, Morton & Schoor Randal F. *Survey of the Hassidic & Ultra-Orthodox Communities in Outremont & Surrounding Areas*. Outremont : COHO, 1997.

SMITH, Timothy L. "Religion and Ethnicity in America". En: Pozzetta, George E. (dir.). *The Immigrant Religious Experience*. Vol. 19 (1976), de la serie "American Immigration and Ethnicity". New York/ Londres: Garland.

YOUNG, Iris M. "Polity and Group Difference: A Critique of the Ideal of Universal Citizenship". *Ethics*. No. 99 (1989). P. 250-274.